

Centimetrage: 104.0 x 19.0 cms



MARÍA TORO

# El verdadero desafío de Robinson Crusoe

María Toro es una de las tres mejores corredoras de maratones de aventura en Chile. Pero esta historia no tiene que ver con pruebas extenuantes: su última carrera fue en el circuito que diseñaba Joel Gutiérrez, víctima del accidente del Casa 212 de la Fach. Su compañero de equipo. Su esposo.

Por **Sabine Drysdale**, desde la isla Robinson Crusoe.

“**F**uerza. Fuerza”.  
La respiración se hace espesa.  
“Dame fuerza”.  
Los brazos están agotados por el remo. Treinta kilómetros avanzando contra las olas furiosas del mar frente a Bahía Cumberland. Las piernas golpeadas por las rocas resbalosas.

“Dame fuerza para seguir”.  
Cien metros de bajada de roca escarpada a cuerda, en rapel. Quinientos metros de nado en el mar frío. Buceo. Cuatro metros de inmersión sin oxígeno. Trekking. Las piernas se sienten pesadas, llevadas al límite, treinta y cuatro kilómetros de desnivel, desnivel, desnivel. El cuerpo comienza a flaquear.

La mente se extravía en los paisajes, el bosque, el mar. La lluvia no cesa.

“Fuerza, por favor”.  
El sendero equivocado. Desorientación. Dos horas extraviada de la ruta. Dos horas perdidas en tiempo. Dos horas ganadas en cansancio.

“Dame fuerza para terminar”.  
Ésta es la carrera de Joel,

pero él no está. Quien la corre es María Toro, su dupla, su mujer, que le pide fuerzas.

Esta carrera es una carrera de aventuras y se llama Desafío Robinson Crusoe del Columbia Challenge. Su ruta, la ruta de la competencia, iba a ser trazada por el deportista Joel Gutiérrez, director de carreras del Columbia Challenge, en septiembre del año



PATRICIO ARANA



UPI

MARÍA TORO  
NO FUE EN  
EL CASA 212  
PORQUE  
NO HABÍA  
CUPOS.

pasado, cuando el avión en que viajaba, el Casa 212 de la Fach, se estrelló en el mar revuelto del archipiélago Juan Fernández. Era la carrera concebida por Joaquín Arnolds de la fundación Desafío Levantemos Chile para estimular el turismo en la isla que, asolada por el tsunami de febrero de 2010, comenzaba a levantarse. Joaquín Arnolds venía en el mismo avión. Ambos están muertos.

—Yo quería ir en ese vuelo. Quería ayudarlo a hacer la ruta, pero no había más cupos —dirá María Toro cuando todo esto haya terminado—. Me dijo que quizás podría acompañarlo en el siguiente viaje y que si no era posible tendría que correr el Desafío Robinson Crusoe. Y ganarlo.

María Toro llega a la meta exhausta, sin trofeos.

Durante una semana, entre Valparaíso, Bahía Cumberland

y Valparaíso, el buque de pasajeros Aquiles de la Armada de Chile fue el hogar y centro de operaciones de centenares de corredores de aventura que viajaban al Desafío Robinson Crusoe. Los marinos, vestidos con su uniforme de trabajo, pantalones y camisa azul oscuro con huinchas reflectantes, con su manera silenciosa y marcial, pasaban inadvertidos entre medio de jóvenes y no tanto con cuerpos torneados vestidos con ropa técnica de colores fuertes, primera capa, segunda capa, polar, cortaviento, cuellos de alguna tela supersónica usados como cintillos, linternas frontales sobre la cabeza incluso a la hora del desayuno, mochilas en la espalda, zapatillas especiales, relojes espaciales, pantalones caqui de aventura. Mucho Columbia, The North Face, Patagonia, Marmot, Lippi. Aroma a camarín permanente.

Gritos, risas, baile, fiesta, bar abierto, desorden, reclamos de los marinos, Arjona.

Entre todos ellos iba María Toro, en busca de la carrera más emotiva de su vida. La que homenajeaba a su pareja. Una carrera que corrió invocándolo.

—El día que partimos estaba muy apenada. La emoción te inunda y tenía un nudo en la garganta; no pude controlarme. Sufí llorando en la largada.

Las carreras de aventura en Chile partieron en 1989 con las competencias que hacían los comandos de la Armada y pasó al mundo civil en 1990, siendo la carrera más famosa el Desafío de los Volcanes en la Décima Región. Según dice Víctor González, de Aconcagua Aventura, una de las empresas dedicadas a organizar estas travesías, hay unos 600 chilenos que practican esta disciplina: dos tercios hombres, un tercio mujeres, amantes de una mezcla entre deporte extremo y cultura outdoor. El esfuerzo físico, el sufrimiento geográfico y climático. La adrenalina de sortear la dificultad y llegar primeros. Dependiendo del lugar que se elige para la carrera deben estar preparados para esquiar, hacer paddle surf, nadar, bucear, patinar, caminar y andar en bicicleta, entre otras disciplinas. Todo esto idealmente a campo traviesa. Pero también tienen que estar preparados para no perderse en el camino. La navegación, el hilo conductor de estas carreras, es con mapas y brújulas, pero sin GPS, y deben —en un tiempo limitado— ir de un punto a otro, pasar por el “pecé” o puesto de

control, donde les timbran los “pasaportes” que les permiten continuar en competencia. El “pasaporte” a veces lo timbra un buzo que está a varios metros de profundidad.

María Toro era basquetbolista, mountainbikista y parvularia cuando se inició en todo esto en 2003. Se enteró por casualidad de que cerca de Pucón —donde vive— se estaba organizando una carreras llamada Travesía Lacustre, de 120 kilómetros, y decidió correrla. La corrió con equipamiento prestado, sin saber muy bien de qué se trataba. Le fue bien.

Eugenio Benavente, un experimentado corredor, al verla competir, la invitó a unirse a su equipo para participar en el Desafío de los Volcanes, una carrera de 500 kilómetros y alta dificultad. La petición no era ganar sino tan sólo que terminara la carrera. Eugenio Benavente había corrido todas las versiones de esta prueba. Sin embargo, nunca había podido llegar a la meta por culpa de las mujeres que antes habían integrado el equipo.

—Fue una carrera terrible. Una semana antes me enfermé de la guata y eran puros nervios, porque me sentí responsable de que, si otra vez el equipo fallaba, iba ser por mi culpa.

Salieron número doce entre ciento setenta equipos.

Las carreras en este deporte se corren en pares y tríos, y si el equipo es mixto, son mirados con más respeto. María Toro dejó los jardines infantiles y aceptó un trabajo en las ter- ▶▶▶



UPI

"El día en que partimos tenía un nudo en la garganta y no pude controlarme. Salí llorando en la largada", dice la corredora.

212, María Toro y su equipo dejaron de correr. Estaban tristes, sin ganas de entrenar y desmotivados. Sentimientos que aumentaban con la incertidumbre de las causas del accidente y la demora en el rescate de los cuerpos, que duró meses.

—Para mí era la persona ideal. Por eso sufrí mucho y renegaba un poco de Dios: ¿Por qué me lo quitó, si era una persona tan buena conmigo, lo pasábamos tan bien? ¿Por qué fue tan corto el tiempo?

A los cuatro meses, María Toro quiso volver a las pistas.

—Era una forma de mantenerlo vivo, de mantener el espíritu de lo que a él le gustaba hacer. Y seguimos compitiendo en honor a él, recordándolo.

El trazado del Desafío Robinson Crusoe, que dejó inconcluso Joel Lizama, fue retomado por Víctor González y su equipo en diciembre pasado. Cuenta Víctor que recorrieron la isla completa, caminando durante cuatro días, la única manera de entender su geografía. Una geografía abrupta con muchas diferencias de altura, con pendientes de hasta 45 grados, filos, quebradas, acantilados, con fuertes vientos y un clima impredecible. María Toro también participó de esa expedición, aunque no la caminó completa.

La carrera finalmente sufrió cambios. La lluvia y el viento obligaron a suspender el paddle surf y un accidente del helicóptero de la marina que venía en el buque Aquiles obligó a acortar algunos tramos donde no había posibilidad de rescate

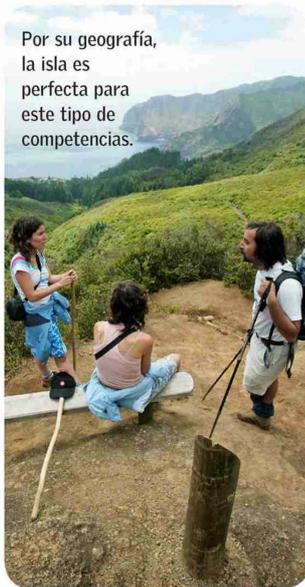


mas de Menetúe, propiedad de Eugenio Benavente: así las horas de entrenamientos para las carreras estaban dentro de su jornada laboral. Fue en las termas que vio por primera vez a Joel Lizama, que también se unió al equipo de Benavente. Al tiempo ya eran pareja.

—Siempre escuché que correr con tu pareja no es bueno, porque te consienten mucho o hay problemas con los entrenamientos, pero no fue el caso. Joel era muy competitivo; creo que yo también. Entonces nos complementábamos súper bien. Si había que entrenar, entrenábamos de igual a igual. Yo soy quizás más estructurada, también Joel, pero él tiene, tenía, muchas más condiciones que yo. Si no entrenaba tanto daba lo mismo porque igual rendía. Mi equipo estaba formado por personas muy fuertes, entonces yo no podía ser menos. Era la única mujer.

Joel Lizama era el que trazaba las rutas para Columbia Challenge y, por lo tanto, no las podía correr. María Toro comenzó a ayudarlo en su tra-

Por su geografía, la isla es perfecta para este tipo de competencias.



EL MERCURIO

bajo. Se encargaba de la logística de organizar los campamentos de los puestos de control. El asunto no es menor: la persona a cargo de cada puesto debe estar preparada para quedarse tres días esperando, en caso de competidores extraviados.

También le ayudaba a diseñar las rutas. El último Columbia Challenge lo trazaron juntos.

—Era increíble. Cuando estás corriendo, vas muy metido en la carrera y no puedes disfrutar mucho de los paisajes. En cambio cuando vas a hacer la ruta vas buscando el lugar ideal o donde le gustaría a los corredores tener un punto, ya sea porque hay una vista bonita o por razones más técnicas.

Como no podían competir en las carreras nacionales, Joel Lizama y María Toro siguieron siendo dupla, compitiendo en pruebas de otros países. La Tres Fronteras de Paraguay. Varias veces, Perú 8 Mil. La última que corrieron juntos fue la Costa Rica Adventure Race en 2011, que no pudieron completar.

—Fue un sueño hacer esa carrera y afortunadamente la hice con él. Fue una carrera increíble. Hacer kayak en el Atlántico, donde el agua es tibia; hacer *costeling* por una playa de mar turquesa es algo totalmente distinto. Fue la última carrera que corrimos juntos.

Tras el accidente del Casa

por vía terrestre.

La carrera también le tenía preparada cambios inesperados a María Toro. Su dupla, Eugenio Benavente, perdió el avión desde Temuco y no pudo embarcarse en el Aquiles.

–Me puse a llorar. Para mí esta carrera era muy importante; la tenía que correr, no podía no correrla.

Rápidamente le consiguieron una *partner*, Natalie Rozas, que iba en el equipo organizador.

–Yo sabía que es buenísima, la mejor corredora que hay en Chile físicamente hablando, pero yo no había corrido nunca con ella. Estas carreras no

son sólo correr por ganar: es tener un equipo, es conocer al que tienes al lado, sus fortalezas y debilidades. Tú sabes cómo apoyar a tus compañeros, cómo darles ánimo.

La fortaleza de María Toro es el remo, que practica casi a diario en los lagos y ríos que hay en Pucón. Las piernas son su lado débil.

–Soy mala para el trekking. Eugenio, si es necesario, me tira: me amarra con una cuerda y me tira. Si yo conozco al otro y sabe que viene una tremenda subida, saca su cuerditita para no bajar el ritmo de carrera. Esta carrera la sufrí de pe a

pa porque la Natalie es muy superior a mí en el trekking; ella iba muy rápido. Yo le decía “espérame; Nati ayúdame” y nunca me ayudó –dice riendo-. Ahí se nota el trabajo en equipo. Yo me tuve que esforzar mucho para ir a su lado.

Dice Víctor González:

–María es una de las tres mejores corredoras de aventura de Chile. Natalie Rozas, María Toro y Verónica Bravo son la élite.

Terminada la carrera, María Toro se subió junto a familiares y amigos de Joel Lizama, que también venían en el buque Aquiles, a un bote de pescadores que los llevó

al “punto Loreto”, donde cayó el avión Casa 212.

–Estar ahí sigue siendo muy emotivo y triste a la vez. Ves ese escenario y se ve todo muy rudo, el agua, olas fuertes, roqueríos. Es súper duro. Los restos que encontraron de Joel fueron muy pequeñitos. Él quedó acá en Juan Fernández. Siento que también tengo un lugar acá. Es como reencontrarme con él acá. Dónde más sentí que Joel estaba ahí con nosotros fue en el kayak. No sé porqué. Fue una sensación loca, pero sentí que estaba ahí conmigo en todo momento. ■



UPI

TRAS 4  
MESES DE  
DUELO,  
MARÍA TORO  
VOLVIÓ A  
CORRER.